

**NOTAS DE VIAJE SOBRE VENEZUELA Y COLOMBIA**  
**Miguel Cané (1854-1905), autor colombiano**

**Fragmento del CAPITULO XIII “AGUAS ABAJO—COLON”**

“...Era mí proyecto tomar en Barranquilla un vapor español del marqués de Campo, pasar á la Habana y de allí á Nueva York. Pero lo avanzado de la estación, que me auguraba días terribles en Cuba, y el deseo de visitar el Istmo de Panamá, me hicieron desistir. A más, habiendo llegado por la tarde, supe que á la mañana siguiente salía el trasatlántico francés La Ville—de--París de Salgar para Colón y resolví embarcarme en él. Me despedí de los compañeros á quienes más tarde encontraría en Europa y heme en viaje para Salgar, acompañado del excelente cónsul argentino en Barranquilla, Sr. Conn. Pronto estuvimos en Salgar y á poco á bordo, llegando precisamente en el momento en que desembarcaba un nuevo obispo para Cartagena. Saludé respetuosamente al prelado, que venía del fondo del Asia, como á un colega en peregrinación, y en breve el barco, bastante malo por cierto, surcaba las aguas del mar Caribe, siguiendo el derrotero tántas veces cruzado por las naves españolas en los tiempos en que las costas del Pacífico despoblaban á España, atrayendo á sus hijos con el imán del oro.

Pocos pasajeros á bordo, signo constante de buena comida. No puedo ocultar la viva satisfacción con que me senté delante del blanco mantel, cubierto de los mil hors- d'oeuvre que nadie toma, pero que la culinaria francesa califica con razón de aperitivos plásticos.

Comerciantes en viaje para Guayaquil y Costa Rica, commis-voyageurs y sobre todo empleados para los trabajos del Canal de Panamá: hé ahí el mundo de á bordo. Tres ó cuatro francesas, unidas morganáticamente á sub—inspectores é ingenieros de séptima clase, que iban al Istmo á tentar bravamente la fortuna, porque sabían que probablemente sólo encontrarían la muerte. Miraba á esas mujeres alegres, cantando todo el día, apasionadas en el baccara de la noche, con un sentimiento de real compasión simpática. No iban al infierno de Panamá arrastradas por la sed del oro, porque si sus amantes hubieran tenido dinero, no habrían por cierto dejado á Francia no ignoraban los peligros que corrían, porque M. Blanchet, el ingeniero en jefe del Canal, acababa de morir. Las guiaba el cariño por sus hombres, que á veces las trataban con una rudeza que tal vez explique la afección que inspiraban á esas pobres criaturas. Más de una ha de dormir hoy el sueño eterno en el poblado cementerio de la compañía del Canal; pero, bah! entre morir á los veinticinco años en el delirio de la fiebre ó sobre un colchón de hospital á los cuarenta, ¿qué es preferible?...

Empleámos treinta y seis horas entre Salgar y Colón, pero cuando llegámos, era ya tan entrada la noche, que nos vimos obligados á esperar la mañana siguiente para el desembarco.

En efecto, al otro día, poco después de las diez, pisé la tierra del Istmo, ó para ser más exacto, el barro del Istmo.

¿Os habéis alguna vez forjado la idea de lo que debieron ser aquellas ciudades del Levante en el siglo XVI, donde se aglomeraba el comercio de dos mundos? ¿Os figuráis el aspecto de los bajos barrios de Shan—ghai en el día? Algo confuso, las razas de los cuatro vientos aglomeradas, multitud de idiomas que se entrechocan en sus términos más soeces, los vicios de Oriente codeando á los de Occidente y asombrándose tal vez de su analogía, la vida brutal del que quiere indemnizarse en diez días del largo secuestro de la travesía, las innobles mujeres, únicas capaces de sonreír á los hombres que allí vienen á caer de todos los rumbos, como en un profundo égot... Hé ahí la impresión que me hizo Colón.

Los americanos y los ingleses designan ese punto en sus cartas y obras geográficas con el nombre de Aspinwall, como si el vulgar yanqui que construyó la línea férrea á través del Istmo, fuera capaz de oscurecer el nombre del ilustre genovés y tuviera más título á la gloria póstuma.

Colón es un hacinamiento de casas sin orden ni plan; su simple aspecto acusa su naturaleza de ciudad transitoria, plantada allí por una necesidad geográfica, pero sin porvenir propio de ningún género. El clima es mortífero para el europeo, que escapa difícilmente á las fiebres palúdicas formadas por las emanaciones continuas que un sol de fuego hace brotar de las aguas estancadas en todo el trayecto de Colón á Panamá. La villa se formó durante la construcción del camino de hierro que atraviesa el Istmo; los yanquis derramaron el oro en grande, pero, como los franceses de hoy, poblaron también los cementerios. Al primer golpe de vista, se ve la intención de sus habitantes, el deseo del lucro rápido, flotar ante los ojos. Toda esa gente vive allí en la condena de la necesidad, sin apego al suelo, detenida, en su mayor parte, por el hábito que embota y es capaz de ligar al hombre hasta con la prisión.

Colón, como Panamá, son puertos francos, á la manera de Hamburgo ó Trieste. Por allí pasá el inmenso comercio de tránsito que se dirige hacia las costas occidentales de Colombia, al Perú, al Ecuador, á Chile, á California y á numerosas islas del Pacífico. Por allí pasan también los retornos, los minerales de Chile y California, los azúcares, guanos y salitres del Perú, las taguas del Ecuador, los escasos productos colombianos que encuentran salida por Buenaventura. De uno y otro lado

del Istmo hay una selva de mástiles, los buques apiñados se estrechan, se chócan; sus tripulaciones, venidas de los cuatro ángulos del mundo, se miran con antagonismo en el primer momento, las cuchillas de á bordo relucen con frecuencia y por fin se amalgaman en la baja é inmundada vida colectiva.

Mi impresión, al descender á tierra, solo, sin conocer á nadie, en medio de aquella atmósfera pestilencial, fue la más desagradable que he sentido en todos mis viajes. A los diez minutos tuve el ímpetu de volverme á bordo, instalarme de nuevo en mi cabina y seguir á los pocos días viaje para Europa. Reaccioné recordando el deber de estudiar de cerca el canal de Panamá para informar á quien correspondía y seguí adelante. Una sola calle habitable; á cada dos pasos un bar—room americano, los mostradores de estaño, las llaves de cerveza, botellas, vasos de toda forma, manojos de canutos pajizos y la lista interminable de las bebidas heladas inventadas por los yanquis. Todas esas casas cuajadas de marineros ebrios, soeces, tambaleándose. Aquí, un hotel; entro y á los pocos instantes salgo á la calle asfixiado.

Adelante; hé ahí el mejor de Colón. Entro al bar—room que ocupa toda la sala baja; hay dos billares donde juegan marineros en mangas de camisa y mascando tabaco. Me dirijo al mulatillo de cara canalla que está fabricando un whiskey—cocktail y le pregunto con quien me entiendo para obtener cuarto. El infame zambo, sin quitarse el pucho de la jeta, me contesta en inglés, á pesar de ser panameño, que arriba está la dueña y que con ella me entenderé. Fue en vano buscarla: una negra vieja, inmundada, casi desnuda, que me parecía esperar ansiosa la noche para enhorquetársele al palo de escoba, tuvo compasión de mí y me llevó á un cuarto... ¡Qué cuarto aquél! La única ventana daba á un pantano pestífero; la cerré. La cama tenía esas sábanas crudas, frías, húmedas, que dan un asco supremo. A los cinco minutos de entrar, sentía yá una picazón, un malestar nervioso insoportable.... Vamos, coraje. Tu l'as voulu, Georges Dandin! En peores me he visto y sabe el cielo si en peores no me veré aún. Almorcemos. Paso sobre el menú por decoro. ¿Y ahora? Son las doce del día, qué hacer? El distinguido Sr. Céspedes, cónsul argentino en Colón, que está allí labrando su fortuna con un heroísmo incomparable, se encuentra, por mi desgracia, en cama. ¿Qué hacer? Visitar la ciudad? Veinte minutos y c'est fait. Barro y casas de madera, nada. Ponerme á leer..., en mi cuarto? Prefiero la muerte! Y aquí me tienen ustedes tal como lo oyen, instalado en una mesa del bar-room de mi hotel, con un cocktail pro forma por delante, estudiando, durante seis horas consecutivas, á los marineros que jugaban al billar y á los numerosos parroquianos del mostrador. Uno de ellos, un capitán mercante yanqui, entró á la una, ligeramente punteado y se absorbió medio vaso de una bebida que debía ser tan suave, que el mulatillo que la servía tenía que

rodear los bordes de azúcar quemada para evitar el contacto de los labios. Durante cuatro horas el yanqui entró regularmente cada veinte minutos y se ingurgitó una dosis de idénticas proporciones. Bajo el insoportable calor del día y en la lucha con los vapores internos que estaban á punto de hacerlo estallar, los ojos del yanqui saltaban rojos... A las cuatro de la tarde cayó ebrio muerto y dos marineros lo arrastraron á un rincón y ahí quedó.

En una de las esquinas de la pieza, ocupando á lo sumo un espacio de un metro y medio cuadrado, un joven suizo había instalado su vidriera y su mesita de relojero. Lo tenía frente á mí; durante media hora, frotó con una gamuza un resorte de reloj; luégo dejó caer la cabeza entre las manos y cuando al final del día lo observé (no había llegado un solo cliente!) vi correr dos gruesas lágrimas por sus mejillas. Más de una vez tuve el impulso de ir á conversar con el pobre relojero; pero, á mi vez, estaba tan nervioso é irascible que acabé por fastidiarme hasta del infeliz que tenía delante.

Los que no han viajado ó los que sólo lo han hecho en los grandes centros europeos no pueden darse cuenta exacta de una situación de ánimo como aquella en que me encontraba. El espíritu se forma la quimera de que es imposible salir de ella, que ese martirio se va á prolongar indefinidamente. A cada instante y para cobrar coraje, es necesario echar mano á la cartera (nunca la he cuidado como allí), decirse que hay medios para partir en cualquier momento, que los vapores esperan, y en fin, que si uno se encuentra en ese centro, es por un acto libre y premeditado de la voluntad.

Por fin, vino la noche y cuando la recuerdo, declaro que siento una viva satisfacción por haber contemplado ese cuadro único y característico. He dicho ya que Colón se compone casi en su totalidad de una sola calle, pero he olvidado mencionar que á lo largo de la misma corre una especie de correclor para proteger las entradas contra las lluvias frecuentes. Me paseaba bajo ella al caer las primeras sombras y me llamó la atención que delante de cada hotel, de cada bar—room, de cada puerta, un individuo sacara una pequeña mesa de tijera, se instalara ante ella, encendiera un farol, arreglara en un semicírculo artístico algunas docenas de pesos fuertes en plata y comenzara á batir un enorme cuerno provisto de dados. De los buques amarrados á la orilla, una vez que dieron las siete, empezó á salir una nube de marineros y oficiales, contra maestres, etc, que pronto obstruyeron a la vía, formando grupos compactos delante de cada mesa. Como sí un soplo hubiera animado el barro y formado con él cuerpos de mujeres, brotaron del suelo en un instante centenares de negras, mulatas, cuarteronas, lívidas, descalzas en su mayor parte, ebrias

inmundas, que á su vez, atraídas por la fascinación del juego, se agolpaban al rededor de las mesas, rechinaban los dientes cuando perdían y asaltaban á los marineros tambaleantes, pidiéndoles en un idioma que ni era inglés ni francés, ni español, ni nada conocido, una de esas monedas de á real que los americanos llaman a dime.

Los bar—room estaban llenos; no se oía más que la voz ronca y gutural de los negros de Jamaica; la eterna blasfemia del marinero inglés y el hablar soez de algunos gaditanos. Salían, y en la primer mesa arrojaban una moneda, luégo otra y una vez exhaustos, la emprendían con el vecino, las navajas relucían y sólo con esfuerzo era posible separarlos. Uno rodaba en el barro, dos ó tres mujeres ebrias bailaban al són de un órgano en el que un italiano, con cara de mártir, tocaba un canción desenfrenado. Un calor sofocante y una atmósfera insoportable, como el ruido, las maldiciones, el sarcasmo, la eterna pelea con el banquero que iba más aprisa á medida que veía á sus parroquianos más en punto... y yo reclinado en mi pilar, preguntándome qué hacia entre aquel mundo, verdadero sabat moderno y tanteándome para persuadirme que no soñaba. Hé ahí á Colón; una licencia, una libertad absoluta para todos los vicios y las degradaciones humanas. El que paga un pequeño impuesto tiene el derecho de establecer su tapete al aire libre, y qué tapete! La explotación, el robo más escandaloso al marinero ignorante como una bestia y que, bajo los vapores del aguardiente, se deja despojar del precio de un año de labor, jugando su vida en las tormentas. Esas mujeres, sobre todo, esas mujeres asquerosas, arpías negras y angulosas, esparciendo á su alrededor la mezcla de su olor ingénito y de un pachulí que hace dar vuelta al estómago!... Puf!...

Llegado á mi cuarto, sofocándome, sin poderme desnudar por asco á la cama, me senté en un sillón y me llamé á cuentas. Había resuelto pasar diez días en el Istmo y ese mismo día había casi retenido mi pasaje en el City of Para que salía para Nueva York en el término indicado. Allí mismo, con toda solemnidad, me impuse el juramento de dejar a Colón, renunciando á Panamá, al canal, al mundo entero, en el primer barco que zarpara, sin importarme para dónde. Cómo pasé esa noche, ¿á qué decirlo? Al alba estaba en pie, me ponía en campaña y sabía que dos días después partía para Nueva York el vapor Álene de la Compañía Atlas. Tomé en el acto el billete é hice transportar á bordo mi equipaje, felicitándome de tener el tiempo suficiente para ir á una de las próximas estaciones del Canal y poder apreciar por mis ojos la marcha de las obras y el porvenir de la Empresa. Pagué mi cuenta al infame mulatillo y cuando me encontré á bordo, en un vapor pequeño é incómodo, creí que entraba solemnemente en el paraíso.

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/notviaje/cap13.htm>